

El Águila de Chile

(GERANCTUS MELANOLENCUS, VIELLOT)

POR EL

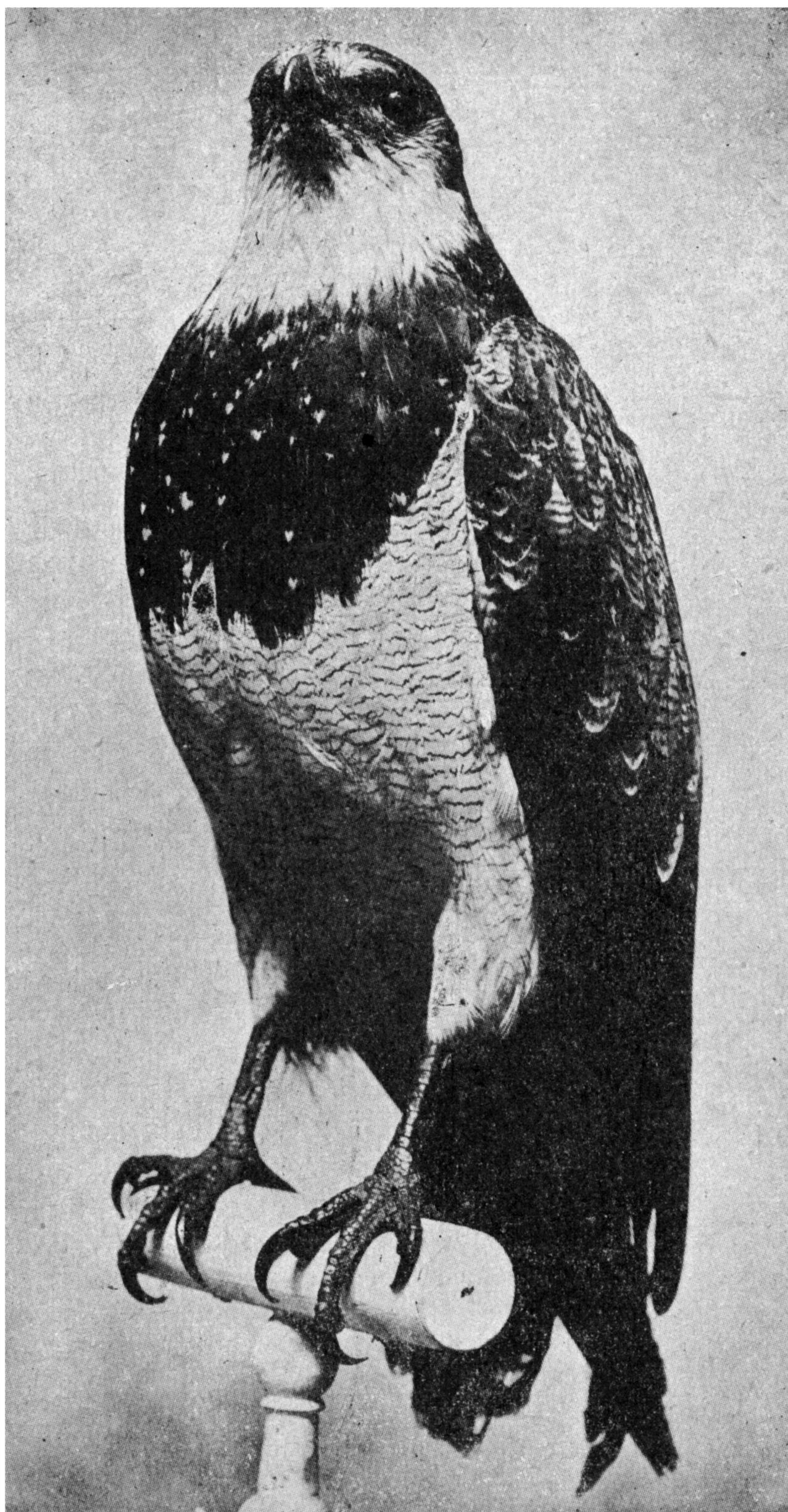
R. P. Rafael HOUSSE

Como es residente en los vecinos cerros de Chena que dominan a San Bernardo, me fué dable examinarla con cierta facilidad y detención, en el curso de los catorce años últimos.

Observé doce nidos distintos. Ocho ocupaban una saliente de algún peñasco abrupto, tres se asentaban en la copa de árboles (álamos y boldo), uno sólo entre las bifurcaciones de un quisco y a una altura de dos metros del suelo, todos en la proximidad de las cumbres. Medían de 70 a 80 centímetros de ancho, y lo constituían ramitas largas, dispuestas sin arte, pero entrelazadas de tal suerte que la trabazón de la muda era muy firme. Tenía el interior muy poca hondura, particularidad que se debe sin duda al instinto delicado de los padres: pues, así, los polluelos pueden recibir y comer las presas en la ancha pestaña del nido, sin ensuciar con las sobras y desperdicios su cama. Esta consiste en una delgada copa de pasto seco y muy escasas plumas.

En cinco de aquellas doce mudas hallé huevos, siempre dos; tenían de 68 a 73 milímetros de largo, y de 51 a 54 milímetros de alto. Su color era un blanco sucio, con los poros de la cáscara muy visibles y casi hasta formar una superficie granulosa. Llevaban manchas bruno-verduzcas o casi negras, irregulares, bastante borrables, muy espaciadas en general, pero formando una constelación tupida en una de las caras, o en una de las extremidades.

En los demás nidos reposaban ya polluelos. En tres de ellas, se criaba una sola aguilita, lo que induce a creer que con regular frecuencia sale un huevo huero; tres contenían un par de avecitas; en uno solo, la familia nueva ascendía a tres cabezas, lo que constituye una notable excepción que contradice al viejo Plinio. Deduzco de mis



Geranoetus melanoleucus (Vieill)

hallazgos que el águila nacional hueva en Noviembre, y en algunos casos, a principios de Diciembre: en efectos, antes de Purísima, descubrí el mencionado nido con tres pollos tiernos; y al rededor del 15 de Enero, saqué de la muda, en los cerros de la Calera, una aguilita apenas capaz de volar. El período de incubación es, pues, algo elástico: tiene variación hasta de un mes, según el capricho de las parejas. Ninguna de éstas he notado con dos echaduras al año, aún cuando les robé los huevos.

No sé como Gay encontró griseos los polluelos. Los siete que me fué posible examinar estaban cubiertos de un vellón blanquísimo y unicolor. Los que crié, al llegar al tamaño de una gallina matizaron este armiño, con plumas negras y castañas, en las alas, nuca, espaldas y cola, y así tuve dos embalsamadas. Estos dos colores invaden entonces rápidamente todo el cuerpo. A los cinco meses de nacer, los hijos alcanzan las dimensiones de los adultos, y lucen su librea peculiar: castaño claro, flameado de negro, la cual conservan mucho tiempo. Las dos aguilitas, que trasladé de su cuna del cerro a una jaula espaciosa, no modificaron su plumaje hasta la edad de tres años. Vióse entonces delinearise lo negro del pezcuezo y pecho. El blanco puro del abdomen y de las cubiertas inferiores de la cola y piernas se muestra el último, y se va extendiendo muy lentamente, de suerte que el águila no posee su vestidura definitiva antes de los cinco años, más, o menos. Entonces el plumaje es igual para ambos sexos, y el tamaño poco difiere, siendo un poco menor el del macho.

Parece ser muy celosa, o algo desprendida, de sus huevos. La muda, construída entre los tres brotes de un cactus, la visité dos veces a tiempo de empollar la madre. No toqué los huevos, ni siquiera me acerqué al nido; pero mi doble presencia disgustó de tal modo a la pareja que desertó éste, y abandonó los dos huevos ya bastante incubados... No sucede lo mismo cuando han nacido ya los hijuelos. En este caso, el amor paternal y maternal es más fuerte que el despecho en los padres, así como lo comprobé prácticamente. De una aguilera saqué uno de los dos pollos para embalsamarlo, y el otro siguió recibiendo la alimentación y cuidados de sus progenitores hasta em-

prender su primer vuelo, tres semanas más tarde... Las águilas vuelven a ocupar el mismo nido de año en año; reparan un poco los desarreglos que le ocasionó el invierno, y nada más. En uno, puse piedras del tamaño del puño. Llegada la primavera; las dueñas del domicilio lo despejaron y lo habitaron nuevamente. Sin embargo, la muda que despojé de sus tres avecitas permaneció dos años sin ocupantes; pero, al tercer año recibió una familia. ¿Sería la misma que antes, u otra advenediza? No lo sé... Lo mismo sucedió con otro nido. Un año quedó abandonado, y en el siguiente tornó a poblarse.

Esta fidelidad casera ¿será, en la reina del aire, pura querencia o simplemente pereza? Casi me inclinaría yo a creer en lo segundo.

Cogidas nuevas, se domestican con facilidad, conforme lo afirma Gay. Los tres que enjaulé, cuando ni aún se sostenían en pie, se amansaron luego, y siempre me manifestaron afecto, dando señales de conocerme de lejos. Su más expresiva muestra de cariño y satisfacción era agachar la cabeza, y torciendo su flexible cuello, mirarme en esta posición inversa. Jugeteaban con mi vestido y mis dedos, que pellizcaban suavemente o agarraban con blandura. Gustábanles, en sumo grado, las caricias. Uno de sus juegos era aferrarse, con una pata, en la escoba de que me servía para barrer la jaula, y se dejaban entonces zarrandear antes que soltar su juguete. Sólo perdían esta mansedumbre cuando tenían presa. Una vez, alguien pretendió quitarle a una su trozo de carne, pero lo castigó ella clavándole las uñas en la mano con tal fuerza y tenacidad que tuve que emplear el vigor de mis dos manos para libertar al imprudente, sin que el pájaro, por lo demás, la emprendiera conmigo a picotones... Repetidas veces lograron escapar de su recinto, pero sólo fué para vagar pacíficamente por el gallinero y posarse en los techos y los árboles. Bastaba entonces enseñarles un pedazo de carne para que luego vinieran a rendirse. Aún creo que, en ningún caso, se habrían fugado definitivamente; al menos, así lo deduzco del hecho siguiente, que me refirió un inquilino del fundo «La Palma», cerca de Quillota. Tenía aquel campesino un águila, domesticada desde chica. Pues, todas las mañanas, iba ella a cazar en los vecinos cerros, y

hecha su comida, volvía fielmente al rancho que la hospedaba. Las mías, sin embargo, como la de Gay, a pesar de su blandura de carácter, quedaron recelosas: cualquier cosa desusada las atemorizaban; entonces sus pupilas se hacían escudriñadoras e inquietas, batían alas, y adoptaban una actitud defensiva.

Por lo contrario, si se cautivan adultas, echan de menos los inmensos espacios en que se cernían, y quedan hurañas e indómitas. Una ví así en una estancia de «El Canelo», en el cajón del Maipo. Recogida, con una de las alas rota de un balazo, en varios meses no se había desbravado lo más mínimo. Siempre que alguien se le acercaba, se erguía engrifándose, listas las garras para arremeter con el importuno visitante. El mismo dueño de casa que la cuidaba fué, en más de una ocasión, víctima de sus zarpazos. Repuesta, por fin, de la herida, cortó la cuerdecita que la sujetaba, y volvió a las cumbres de la Cordillera.

En los años de criamiento en que tuve mis águilas, pude estudiar sus gustos en punto de alimentación. Su preferencia era, sin duda alguna, por las ratas. Más de una vez, les serví una variedad de golosinas; degus o ratones de las tapias, conejo, gato, carne vacuna, pajarillos; y siempre, después de revistar tan opíparo banquete, se iban primero a los pericotes. Cuando no les urgía el hambre, comiscaban la presa a pedacitos, como paladeando la vianda. Pero, después de algún ayuno forzoso, embuchaban, a lo natural y a bulto, avecitas, y roedores, y pedazos de carne. Nunca hubiera creído yo que fuese tanta la virtud dilatable de sus tragaderas. Esta voracidad les hizo a veces mala jugada. Cierta día, una de las dos injurgitó una rata enorme; pero, se le quedó la cola de éste colgándole del pico a manera de cigarrillo. Después de largos e inútiles esfuerzos de deglución, trató vanamente de coger el malhadado apéndice con una de sus garras; entonces, se amañó a arrojar el animal; y no bien lo consiguió, lo embutió de nuevo, pero empezando reflexivamente por el rabo, causa de tantos trabajos... Les llevé una culebra; pero, después de considerarla con susto, y de apretujarla entre los robustos dedos, no la tocaron más. Probaban el gato sólo por falta de otra comida.

De intento les dejé carroña algún tiempo; mas, prefirieron ayunar antes que consumir carne podrida. Una que otra vez decapitaron gallinas que habían ido a curiosear por entre los barrotes de la jaula; pero sólo fué por estar enhambrecidas, puesto que, en más de una ocasión, se pasearon en el corral sin preocuparse de las aves... En cuanto a su ración habitual, no pasaba de cien gramos diarios para cada una. Cuando las dejaba sin comer más de 24 horas, piaban como pollitos, revoloteaban en la pajarera, y pugnaban por salir. Quise averiguar como trataban sus presas vivas; y les tiré gatitos, ratas, pájaros. Lejos de divertirse en prolongarles la agonía, los estrujaban luego en sus garras de acero, y los remataban hundiéndoles el cráneo a picotadas.

Al principio, no se me ocurrió proporcionarles agua a mis prisioneras; y como consecuencia, a los pocos meses una murió de la pepita, la cual le impedía toda alimentación y que descubrí demasiado tarde. La primera vez que les llevé agua en un gran lebrillo, la miraron con espanto. Más, pronto el macho la fué a considerar de cerca, y de golpe se metió adentro, bebiendo con avidez, y luego bañándose con visible satisfacción. Desde entonces les dejé la vasija, y con frecuencia las sorprendí turnándose para tomar pediluvios y rociarse el lomo y las alas. Bebían muy poco a la vez, justo para humedecerse la boca, y sólo usaban el agua muy limpia. Una de sus delicias consistía en ponerse bajo el chorro de la regadera con la cual les renovaba su baño. Supongo que los que viven en libertad se darán también a iguales prácticas hidroterápicas.

Una circunstancia fortuita me descubrió otro carácter de las águilas. Formaban mis dos cautivas muy amistosa pareja: sólo en el momento de sus comidas no entendían broma. Mientras bocadeaban su presa, la amparaban con ambas alas, semi-abiertas, para prevenir cualquier tentativa golosa de la vecina; después de cada picotazo, miraban por todos lados con cierto grito gutural que equivalía a una amenaza. Tal cual vez el macho hurtó violentamente la carnaza a su compañera; sin embargo, no por eso trabaron pelea: la despojada se resignó al ayuno sin protesta ni arrechuchos de venganza. Cuando se embravecieron de veras fué el día en que pretendí introducir en la

jaula otra aguilita, recién sacada de un nido. Al divisarme desde lejos, con mi nueva pensionista en los brazos, empezaron a erizarse y a revolotear furiosamente. Al entreabrir yo la puerta, se tiraron contra ella en terrible acometida que a penas logré esquivar. Sin la menor duda, habrían despedazado a la recién venida. Fuéme forzoso disponer otra pajarera vecina. Pero, aún así siguieron dando muestras de su airamiento, echándose continuamente contra la reja de separación, hasta que les quité la vista de su congénere con un grueso entablado. Iguales escenas de irritación se renovaron contra un jote que asilé en la jaula secundaria, lo cual manifiesta que el espíritu de familia excluye, en las águilas, toda intromisión de parientes y todo espíritu de hospitalidad.

Preguntéme si acaso se reproducirían en cautividad, hecho que no es raro en los pajarillos. Entre las aves de rapiña no es imposible, puesto que ví cernícalos, huéspedes de una pajarera, construir nido y poner huevos a fines de la primavera. Sin embargo, mis dos prisioneras, que formaban pareja, nunca dieron señales de pensar en nidificar, aunque tenían ya tres años. ¿Será porque a esta edad, en que no vestían todavía de las plumas de adulto, el instinto no las convidaba aún? ¿o será porque el cautiverio les adormece indefinidamente?...

Poco les gustaba pararse en el suelo; pues, sus dedos hechos para oprimir, se cansaban pronto al estar extendidos en plano. Aún a las piedras que les había amontonado, cual paraderos, preferían un palo atravesado. Allí, casi de continuo, recogían una pata bajo las plumas del vientre como para calentarla, y muy rara vez las ví acostadas en la tierra. Entiendo que sus pediluvios eran ante todo para descansar los nervios y tendones de sus patas, a las que faltaba el reposo del vuelo.

El águila adopta diversos modos de cazar. Cuenta Gay que para ello se junta a veces una pareja. En efecto, lo presencié en 1913. Por una nebulosa mañana de Septiembre, andaba yo en las cumbres de las próximas colinas de San Bernardo, cuando un gran rumor llenó el espacio. Eran dos águilas que perseguían a un cernícalo, una detrás de él, y la otra más arriba para impedirle sin duda que se remontase. Para burlar a sus enemigas, la víctima desviaba

y quebraba su vuelo a cada momento; pero, pronto fué cogida en medio de una gritería espantosa de triunfo y de muerte... Otras veces, me fué dado observar águilas, al extenderse el crepúsculo, posadas en alguna roca baja o en el mismo suelo, en las cercanías de ratoneras. Larguísimo tiempo quedaban allí, inmóviles como piedras, a la manera del buso europeo, asechando a las ratas que iban a salir para merodear en el pasto... Con frecuencia, como se sabe, se ciernen en el aire, inspeccionando colinas y llanos. Sus alas, anchas y convexas, su envergadura que en muchos ejemplares comprobé ser de 1 m., 60 a 1 m., 68, los robustos músculos de sus remos, le dan un vuelo poderoso, rápido, seguro que le permite amplias excursiones aéreas. Fuí testigo de este modo de cazar, en Enero 1917, mientras cruzaba yo la laguna de Peñuelas en un bote. A 80 metros de nosotros, nadaba una tagua. (*Fulica rufifrons*), muy atenta a nuestros movimientos, por lo cual no reparó en una águila que, desde cien metros de altura, la atisbaba a ella misma. De improviso, el ave de rapina plegó las alas, y como bólido se dejó caer, en diagonal, sobre la distraída pollolla. Antes de que tuviese el tiempo de zambullirse, la cogió el águila entre las garras, y en el mismo vuelo la llevó a la playa, distante cosa de 300 metros, arrastrándola por la superficie del agua. Allí presencié un hecho que me admiró. Como nos acercamos a todo remar, el águila probó a volar con su presa, que tenía sujeta en el suelo; tres y cuatro veces lo intentó, pero sólo consiguió levantarla a unos veinte centímetros de tierra.

Al reconocer su impotencia y nuestra proximidad, soltó por fin la tagua que corrió a sumergirse en la laguna con una rapidez de flecha. Pues bien, sí, quedé muy sorprendido al evidenciarme, con los ojos, el reducido poder arrebatador de esta águila que tanto desdecía del vigor asombroso del águila real. Hay seguramente menos diferencia entre el tamaño de las dos especies que entre sus respectivas fuerzas.

Tampoco tiene el águila chilena el soberbio arrojo de la otra, ni siquiera la intrepidez del gavián europeo. Colegiales en Suiza, fuimos a destruir, en la copa de una encina, un nido de esta última ave; pero, luego acudió la pa-

reja a atacarnos con suma impavidez. El águila nacional no posee esta valentía. Cada vez que saqué de las mudas huevos o polluelos, sus padres se contentaron con describir altos y grandes círculos por encima de mí, sin ningún ademán de acometividad ni de amenaza. Tanta timidez desmerece de la familia aquilina.

Sin embargo, maravilla a veces su desprecio del hombre. Parece adivinar cuando los que se le aproximan no llevan armas ni traen intenciones sangrientas; en este caso, no se vuelan sino cuando se les llega muy cerca. Hace 24 años, cuando el número de cazadores estaba más reducido, y que soldados y tiradores al blanco no perturbaban los vecinos cerros con sus detonaciones, las águilas se mostraban menos esquivas. En más de una circunstancia, bajaron a revolotear tan cerca de nuestros grupos que los alcanzamos tirándoles piedras. Solo el hambre les infunde audacia. Llegó una a nuestro corral, y desde la punta de un álamo de poca altura aguardó la oportunidad de caer sobre alguna gallina, sin conmoverse por los gritos y amenazas de varias personas que la miraban. Al fin, las municiones de una escopeta dieron con ella en tierra. En otras ocasiones, paróse una en la cruz de nuestro campanario, sin que la preocupasen los transeúntes de la calle ni los moradores del convento. En Bellavista, el gallinero de la escuela normal del arzobispado recibió numerosas visitas de las águilas de los cerros vecinos. Su osadía, pues, está en proporción de su hambre... o de su dolor. Recién herida, se vuelve bizarra y terrible, conforme lo atestigua el drama ocurrido, hace algunos años, en las cercanías de Los Andes. Habiendo un carabinero disparado a un águila posada en un poste telegráfico, la fué a recoger; mas, ella, bañada en sangre, se arrojó denodadamente sobre el soldado, y empeño con él un feroz duelo. Agarró el ave el rifle con que aquél se defendía, y en la lucha apretó el disparador. Sonó una detonación, y la bala, por la posición del arma, atravesó el pecho del militar.

